

**Un mensaje bíblico**

# PARA TODOS

---

## A la mesa con el Señor

“... Uno de los que estaban a la mesa con él”.

Juan 12:2

Durante el ministerio del Señor Jesús en la tierra, once veces en los evangelios lo vemos tomar asiento a la mesa de alguien.

1. La primera fue en el gran banquete que Leví le ofreció, después de acudir a su llamado. Convidó a todos sus antiguos amigos, publicanos y otros, para ponerlos en contacto con el Salvador, a quien acababa de conocer, Aquel que encuentra su gozo salvando a los pecadores (Lucas 5:27-32; 15:6, 9, 32).

En tres otras ocasiones vemos a Jesús sentado a la mesa de un fariseo.

2. No rechazó la invitación del fariseo a comer con él en su casa, a donde también llegó una mujer pecadora, la cual cubrió sus pies de besos (Lucas 7:36-50).
3. En otra ocasión, fiel a la posición que había tomado, no temió dirigir los reproches necesarios a los fariseos y a los doctores de la ley que tanto buscaban la apariencia exterior, en lugar de fijarse en el hombre interior (Lucas 11:37-52).
4. En Lucas 14:1-24 vemos nuevamente al Señor en casa de un fariseo; la gente lo observaba para ver si

sanaría en el día de reposo. Luego fue él quien observó a los convidados y les dio una lección de humildad en cuanto al lugar que se debe tomar a la mesa cuando uno ha sido convidado.

5. En Jericó, él mismo se invitó a la mesa de Zaqueo el publicano, quien tanto había deseado verle (Lucas 19:1-10).

En las demás ocasiones, Jesús estaba con sus discípulos.

6. En primer lugar con su madre, en las bodas de Caná, donde transformó el agua en vino, aportando simbólicamente el gozo que el mundo no puede dar (Juan 2:1-11).
7. Al final de su ministerio lo vemos cenando en casa de sus amigos en Betania (Juan 12:1-8).
8. Después reunió a sus discípulos en el aposento alto, donde instituyó la Cena (Juan 13; Lucas 22:7-23).

En cada una de estas comidas, excepto la de Caná, vemos que, sea que estuviese a la mesa con pecadores o con los suyos, el Señor hallaba “la contradicción de pecadores contra sí mismo” (Hebreos 12:3). Sufrimiento constante para Jesús, quien no había venido para juzgar, sino para salvar, no para llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Siempre encontraba la oposición de los fariseos, de los doctores de la ley, sin hablar de la hipocresía de Judas, quien en Betania abogaba en favor de los pobres con el fin de llenar la bolsa que tenía a su cuidado y de la que sacaba dinero para su uso personal. Antes de sufrir el suplicio de la cruz, el Salvador había deseado grandemente reunirse una última vez con sus discípulos. Era la última pascua, y el traidor estuvo allí hasta la noche, luego salió (Juan 13:30). Entonces, en la intimidad con los suyos, el Señor instituyó el memorial (la

Cena del Señor) que nos habla aun hoy de su cuerpo dado por nosotros y de su sangre derramada.

Jesús, después de su resurrección, se sentó de nuevo a la mesa con sus discípulos:

9. En Emaús los ojos de Cleofás y su compañero se abrieron y lo reconocieron al partir el pan (Lucas 24:30-31).
10. Después, en Jerusalén, al comer el pescado y la miel que ellos le ofrecieron, les dio la certeza de que verdaderamente había resucitado y que no era un espíritu (Lucas 24:42; Marcos 16:14).
11. Por último, cerca del mar de Tiberias, después de haberse manifestado a los siete que no le habían reconocido desde un principio, comió con ellos y restauró a Pedro para el servicio que iba a confiarle (Juan 21).

De estas once ocasiones –ocho antes de la resurrección y tres después– no hay ninguna más dulce para nuestros corazones que la escena de Betania, donde Lázaro, a quien Jesús había resucitado, estaba a la mesa con él. Este hecho expresa la comunión bendecida del rescatado con el Salvador que lo ha librado de la muerte y le ha dado la vida.

Encontramos un hecho similar después del último llamado del Señor, al final de la triste historia de la Iglesia, cuando él ya no está “en medio”, sino que debe mantenerse “a la puerta”: “Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). ¡Cuánta intimidad hay en estas palabras! “Cenaré con él, y él conmigo”. Estaremos junto al Hombre que, en los días de su carne, hizo brillar su gloria en las diversas etapas del camino; estaremos con Jesús, quien obedeció hasta la muerte y muerte de cruz, con el Resucitado, quien abre los ojos del corazón y lo hace arder.

Sin embargo esta comunión individual, por preciosa que sea, no puede ser puesta al nivel de la cena de Betania en lo concerniente a la posición de Lázaro. Éste no estaba solo “a la mesa con él”, sino que “era uno de los que” se encontraban allí. Sin duda alguna gozaba de la presencia de Jesús, pero también de la comunión fraternal con los demás participantes de la cena hecha en honor al Salvador, en aquella casa llena “del olor del perfume” de la adoración de María (Juan 12:1-3).

El mayor gozo que se puede conocer en la tierra es ser uno de los que están “a la mesa con él”, reunidos en su presencia para adorar, para recordarle (1 Corintios 11:24-25), para **anticipar** el día cuando todos los rescatados mirarán unánimes al Cordero en medio del trono (Apocalipsis 5).

Mientras estemos en la tierra, en este camino encontraremos, al igual que Jesús, la “contradicción de pecadores”, la incomprensión, así como el espíritu legalista y de justicia propia de los fariseos. A pesar de todo, por la gracia infinita del Salvador que nos ha rescatado e invitado a su cena, podremos gozar de su presencia, en la comunión fraternal, como uno de los que están “a la mesa con él”.

G. A.

**PARA TODOS**

**EB**

Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas**

**PARA TODOS**

**1166 Perroy (Suiza)**

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).